

Matrh. 4.

no faltase este manjar espiritual de las almas, escribía muchos sermones en lengua de los mismos naturales, y dejábaselos en los pueblos por donde pasaba para que los mas hábiles de ellos los leyesen y predicasen á los otros en los domingos y fiestas cuando se juntaban en la iglesia. Los cuales hoy día los tienen en mucho y guardan muchos de los indios. Sabía muy bien que no vive el hombre con solo el pan material, mas tambien con toda palabra que sale de la boca de Dios. Instituyó el colegio de Santiago Tlatelulco á contemplacion de los célebres varones D. Antonio de Mendoza, primero visorey de esta Nueva España, y D. Fr. Juan de Zumárraga, primero arzobispo de México. Puso por lectores en él religiosos santos y doctos, como fueron Fr. Arnaldo de Bassacio, Fr. Andrés de Olmos, Fr. Juan de Gaona y Fr. Bernardino de Sahagun. Al colegio intituló de Santa Cruz, y en él se enseñan á leer y escribir los niños hijos de los naturales comarcanos á la ciudad de México y otros de mas lejos, y despues se les lee latinidad. Tambien se fundó (siendo provincial) la ciudad de los Ángeles, que es la segunda de españoles en esta Nueva España, y fué el que mas orden, traza y calor dió para ello, juntamente con Fr. Toribio Motolinia, y ambos le pusieron el nombre de los Ángeles. Teniendo el mesmo oficio quiso partirse á los reinos de Castilla á dar cuenta al Emperador y á los prelados de su orden de muchas necesidades y trabajos que esta nueva Iglesia padecia. Estándose aparejando para esta jornada, le dió una enfermedad de que murió, y es de creer fué á gozar de Dios para siempre en su gloria, segun lo bien y apostólicamente que vivió. Están sus huesos en el convento de S. Francisco de México.

De Fr. Luis de Fuensalida.

Fr. Luis de Fuensalida fué el octavo en número de los doce. Tomó el hábito en la provincia de S. Gabriel; hombre muy prudente, amigo de su profesion y de toda virtud. Entendia moderadamente en la obra de los indios y de su conversion, por no perder sus ejercicios de oracion y devocion. Fué electo en segundo custodio despues que lo dejó de ser la primera vez el santo Fr. Martin de Valencia. Aprendió la lengua mexicana y predicó en ella primero que otro alguno de los doce sus compañeros, y entre ellos fué el que mejor la supo. Diéronle el obispado de Michoacan, y para ello le enviaron cédula del Emperador Carlos V, mas por su grande humildad no lo quiso aceptar. Llegando la nueva á esta tierra cómo la Goleta era tomada y ganada de los infieles, le vino deseo de pasar á África á predicar á los moros y padecer martirio por Jesucristo.

Por este respecto fué á España, tomando por ocasion que iba á dar cuenta al Emperador y al general de la orden del estado de esta tierra. Llegado á España, alcanzó la licencia que pretendia para pasar á África con otros frailes, aunque no la pudo cumplir, porque Fr. Pedro de Alcántara, que á la sazón era provincial en la provincia de S. Gabriel, se la revocó, por ventura porque Nuestro Señor determinaba de él otra cosa, ó pareciéndole al provincial que aquella provincia tenia necesidad de semejante varón. Y así pareció, pues fué despues en ella difinidor y guardian de los principales conventos. Pasados algunos años, y teniendo los padres de aquella provincia puestos los ojos en él para elegirlo por provincial de ella, acordó de volverse á esta Nueva España, diciendo que desde aquí queria levantarse á juicio con sus santos hermanos y compañeros que en esta tierra habia dejado. Tornando, pues, de vuelta á estas partes, año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, acabó en el Señor bienaventuradamente en la isla de S. German, donde está enterrado. Bien podemos decir de este siervo de Dios lo que canta la Iglesia del glorioso S. Martin: que puesto no pasó de esta vida por cuchillo de persecucion, no por eso perdió la palma y corona del martirio.

1545.

CAPÍTULO XXIV.

Del santo Fr. Juan de Ribas.

ESTE bendito padre es el noveno en número de los doce primeros. Tomó el hábito de religion en la provincia de S. Gabriel. Aunque en su tiempo se guardaba la regla de nuestro padre S. Francisco con harta estrechura en esta provincia del Santo Evangelio, con todo eso, anhelando con ardentísimo deseo á mayor perfeccion este varón de Dios y otros diez ó doce con él, hombres de mucho espíritu y religion, procuraron nueva reformacion. Con este intento quisieron hacer otra provincia por sí, la cual llamaron la Insulana, denominándola así del general de la orden, que á la sazón era Fr. Andrés de la Insula. Para este fin, el santo Fr. Juan de Ribas dejó la guardiana de Cuernavaca. Anduvieron estos padres muchas tierras, buscando asiento idóneo para su propósito, y no le hallando á gusto, se volvieron á esta provincia del Santo Evangelio de donde habian salido, en la cual el siervo de Dios fué muchas veces difinidor y guardian del convento de México. Era celosísimo de la observan-

De Fr. Juan de Ribas.

cia de su regla, y especialmente de la pobreza, y en los capítulos, diciendo lo que sentia sobre cosas que tocaban á la guarda de ella, se encendia tanto en fervor de espíritu, que no era en su mano dejar de echar espumajos por la boca. En particular, hallándome yo (que esto escribo) presente en un capítulo provincial, adonde se ventiló si se recibiria el colegio que ahora tienen en la ciudad de los Ángeles los padres de Santo Domingo (el cual primeramente dejaba el fundador Luis Romano á la provincia del Santo Evangelio, si nuestros religiosos lo quisiesen recibir), comenzando á dar su parecer los que á la sazón eran prelados, y habiendo persuadido el uno de ellos, como hombre que tenia energía y retórica, con muchas razones y ejemplos de cosas pasadas en España, que convenia se recibiese: visto por el santo Fr. Juan de Ribas que por ser prelado de tanta autoridad y letras el que lo habia persuadido, la mayor parte de los votos le seguirian (como de hecho le siguieron) llegada su vez (que fué luego de los primeros), habló con tanto espíritu y celo, fundando el contrario parecer en la estrecha obligacion de nuestra profesion á la santa pobreza con razones muy claras y ejemplos que para ello trajo deshaciendo los contrarios, que no ovo religioso que despues osase contradecirle, sino que todos votaron conforme á su parecer. Tanto era lo que estimaba la perla preciosa de la santa pobreza. Y no solo la celaba en los otros, mas en sí propio la amaba, viviendo paupérrimo y andando siempre descalzo. Siendo guardian del convento de Tlascala, le dijeron que el santo varon Fr. Toribio Motolinia hizo en el convento de Atrisco (donde entonces era guardian) unas almáticas de raso harto pobres. Sintiólo tanto Fr. Juan de Ribas, verdadero amator de la pobreza, que con afliccion grande de su espíritu y mucho sentimiento, respondió al que se lo habia dicho: «Decidle á nuestro hermano Fr. Toribio, que se quite el nombre de Motolinia (que quiere decir pobre), pues no muestra serlo en sus obras.» Era tambien Fr. Juan sincerísimo, que no cabia en su pensamiento ningun género de malicia ni sospecha siniestra de alguno. Fué grande predicador de los indios en su lengua mexicana, mostrando en los sermones sumo deseo de la salvacion de sus almas. Hacíales representar los misterios de nuestra santa fe, y las vidas de algunos santos en sus propias fiestas, porque mejor lo pudiesen perceber y retener en la memoria, segun son gente de flaca capacidad y talento. Morando en el convento de Tezcuco, día de S. Juan Baptista dijo misa con la mayor devocion que pudo. Otro día siguiente, que fué á veinte y

cinco de Junio del año de mil y quinientos y sesenta y dos, dió el alma á su Criador, estando con todo su juicio, y alabando el santísimo Nombre de Jesus puesto de rodillas en tierra, y de pechos sobre su pobre cama. Está sepultado en el mesmo convento de Tezcuco. Escribió algunos tratados en la lengua mexicana, y son: Doctrina cristiana ó catecismo. Sermones dominicales de todo el año. *Flos sanctorum* traducido en la lengua. Preguntas y respuestas cerca de la vida cristiana.

CAPÍTULO XXV.

Vida del santo Fr. Francisco Jimenez.

Es este varon de Dios el décimo de los doce. Vino con ellos de la provincia de S. Gabriel, donde tomó el hábito de religion. Fué muy docto en el derecho canónico, varon de gran sinceridad y humildad, *dilectus Deo et hominibus* por su mucha afabilidad y benevolencia con todos, amigo y celoso de su profesion. Su humildad fué tanta, que en España no quiso ordenarse de misa, hasta que habiendo de pasar á estas partes se ordenó por la necesidad que para la conversion de los indios habria de sacerdotes (aunque era hombre ya de edad), y fué el primer sacerdote que cantó misa nueva en este nuevo mundo. Envióle el Emperador cédula para ser primer obispo de Guatemala, mas por quedar en el estado humilde que habia elegido de fraile menor, no lo quiso aceptar. Andaba tan embebido y absorto en Dios, que tenia necesidad de compañero que le hiciese comer y mudar la ropa. Muchas veces le preguntaban si habia comido, y no se acordaba de ello. Y esto no por falta de memoria y buen entendimiento (que tal lo tenia), mas por andar siempre en continua oracion mental tratando con Dios, extático y fuera de sí, como enajenado de sus potencias y sentidos. Siendo guardian de Cuernavaca, tenia en su compañía un religioso gran siervo de Dios, llamado Fr. Miguel de las Garrobillas, el cual enfermando, el guardian, usando de su mucha caridad, lo trajo en un caballo á la enfermeria de México para que fuese curado. Y descansando ambos en el camino, se soltó el caballo y huyó por lo mas alto de la sierra. Y para buscarlo y preguntar por él, ninguno de los dos se acordó de qué color era. Tanto era su pensamiento en Dios, que aun de las cosas que traian entre manos no se acordaban. Fué uno de los

De Fr. Francisco Jimenez.

primeros que aprendieron la lengua mexicana, y la supo muy bien, y el primero que hizo de ella arte y vocabulario, y en ella escribió muy buenas cosas. Examinó también todos los libros y tratados que en esta lengua se habían escrito, por particular comisión á él dada. Predicó mucho á los españoles y indios, y de todos era generalmente amado, en especial de los religiosos que en esta Nueva España entonces comenzaron á venir á entender en el ministerio de los indios, que fueron los dominicos y augustinos, con quien siempre trataba. Cuando visitaba los pueblos de los indios, guardaba este orden: en llegando á ellos se entraba en la iglesia á hacer oración, y acabada brevemente la oración, se asentaba y hacia una plática á los indios que allí estaban juntos, porque esta fué desde el principio de su conversión su loable costumbre, de salir todo el pueblo ó poco menos en dos hileras, los hombres en una y las mujeres en otra, á recibir el religioso que les iba á administrar doctrina y los santos sacramentos. En esta plática les decía la causa de su venida, que era para darles el pan y mantenimiento de la palabra de Dios, y los medicamentos necesarios para la salud de las almas á los que espiritualmente estuviesen dolientes. Y tras esto, habiéndolos preparado con los avisos que para ello se requieren, primeramente confesaba los que hallaba enfermos, después á los sanos que lo pedían. Este mismo modo han usado ordinariamente los siervos de Dios, obreros de esta su viña, en las visitas que hacían, tomando este trabajo sobre el del camino, por descanso y refrigerio. Adoleció este santo varón de una grave enfermedad que Nuestro Señor le dió para prueba de su paciencia y más mérito suyo. Y estando en la cama muy descaecido sin poderse menear, oyó que le traían el santísimo sacramento del Cuerpo de nuestro Redentor, y levantóse con mucho fervor de espíritu, y puso las rodillas en tierra con gran ímpetu de devoción, que parecía haber cobrado nuevas fuerzas, y así lo recibió. Dió santamente el espíritu al Señor en el convento de S. Francisco de México, donde está enterrado. Después de muerto, el enfermero de aquel convento, que se decía Fr. Lucas de Almodóvar, devoto y santo religioso, conociendo la mucha santidad del siervo de Dios Fr. Francisco Jimenez, y por la devoción que le tenía, le cortó un dedo de la mano, el cual se le perdió á cabo de un año, sin saber cómo ni dónde, aunque lo traía siempre en la capilla del hábito. Confesó después este religioso (que era varón de mucha verdad y religión) que en un año que lo trajo consigo no se secó, sino que estaba fresco, y daba de sí tanta

fragancia de olor, que le confortaba. El día que murió en México el santo Fr. Francisco, en Tuchpa (que es en la provincia de Jalisco, setenta leguas de México), otro santo varón llamado Fr. Daniel, lego, con quien el defuncto tenía capitulada hermandad espiritual (como muchos religiosos lo usan en sus religiones), lo supo, y el mismo día Fr. Daniel dijo á un religioso en cuya compañía estaba: «Ha sido Nuestro Señor servido de llevar hoy á su gloria al padre Fr. Francisco Jimenez.» Creese piadosamente que el mismo Fr. Francisco, por la hermandad que entre sí tenían, le apareciera por la voluntad del Señor. Escribió este bendito padre con mucha curiosidad y concierto la vida del santo Fr. Martín de Valencia, tres años después de su muerte, como quien había sido el más íntimo familiar suyo.

CAPÍTULO XXVI.

De Fr. Andrés de Córdoba y Fr. Juan de Palos, legos.

ENTRE las cosas en que más resplandeció la Sabiduría divina, una fué la vocación de sus santos apóstoles, para por ellos conquistar el mundo. No buscó armas, no máquinas, no pertrechos de guerra ni municiones, no fuerzas de hombres valientes ni riquezas, no poderío ni nobleza de linaje; mas unos pobres pescadores, flacos, sin letras ni nombre. Esto nos dice muy claro el apóstol: «Las que el mundo tiene por bobería, eligió Dios para confundir los sabios, y las cosas flacas para confundir las cosas fuertes, y las menospreciadas y sin nobleza para confundir las altas.» La razón de esto da S. Augustin, diciendo: «Si fuera elegido para la predicación del Evangelio algún rey, dijera: mi dignidad fué elegida; si los hombres ricos, dijeran: nuestras riquezas fueron elegidas; si el Emperador, dijera que su poderío; si el orador, que su elocuencia; si el sabio, que su sabiduría. Á solos los pobres, sin letras, nombre ni linaje les dice Cristo: Venid en pos de mí.» Esto se verificó muy bien en los doce apóstoles, por cuya predicación se promulgó la ley cristiana por todo el mundo, y ahora últimamente en este nuevo mundo por algunos religiosos pobres y sin letras. Entre los tres primeros, el uno, Fr. Pedro de Gante, lego, hombre de mucho espíritu, virtud y celo de las almas, y entre los doce (cuyas vidas contamos) Fr. Juan de Palos (de quien luego haremos mención)

De Fr. Andrés de Córdoba.

I Corint. 1.

August.

y Fr. Andrés de Córdoba, de quien ahora aquí tratamos. Este siervo de Dios fué lego simple, mas muy sabio en las cosas del espíritu y servicio del Señor. Vino de la provincia de S. Gabriel, y es el undécimo en número entre los doce. Los viejos santos de esta provincia daban testimonio de su mucha religion y virtud, y cuán ejemplar obrero fué en esta viña de Cristo. Aprendió la lengua mexicana y en ella predicó muchas veces á los naturales. Discurrió por diversas partes para convertir infieles, siendo mandado por la obediencia; conviene saber, México, Michoacan y Jalisco. Pasó santamente á la vida inmortal á recibir el premio de sus santos trabajos. Sus huesos están con mucha veneracion guardados en una caja de piedra detras del altar de la capilla mayor del convento de Izatlan, de la provincia de Jalisco, con los de otros cuatro santos frailes que fueron muertos por los indios infieles en defension de la fe. Estos fueron Fr. Antonio de Cuellar, guardian de aquel convento; Fr. Juan Calero, lego; Fr. Francisco Lorenzo, sacerdote, y otro fraile mancebo llamado Fr. Juan.

De Fr. Juan de Palos.

Fr. Juan de Palos fué el duodécimo en número de los doce primeros. Vino de la provincia del Andalucía. Lo cual pasó de esta manera. En la obediencia que el padre generalísimo Fr. Francisco de los Ángeles (que despues fué cardenal de Santa Cruz) dió á los primeros padres que vinieron á esta Nueva España, venian señalados trece con su prelado el santo Fr. Martin de Valencia. Entre los cuales venian Fr. José de la Coruña, sacerdote, y Fr. Bernardino de la Torre, lego. Quedáronse estos dos en España por la ocasion que en el tercero libro se dijo, y porque viniese cumplido el número de doce, eligieron los demas con mucho acuerdo á Fr. Juan de Palos, lego, y muy virtuoso, que moraba en el convento de S. Francisco de Sevilla. Fué en esta tierra muy ejemplar trabajador, y predicó muchas veces á los indios en la lengua mexicana que aprendió. Acompañó por la obediencia á Fr. Juan Suarez cuando fué á la Florida con el capitán Pánfilo de Narvaez, donde murió de hambre, como en la vida de Fr. Juan Suarez se dijo, y como fueron compañeros en la peregrinacion y muerte, es de creer lo son tambien en la gloria. Como fué su vida tan corta en esta Nueva España, fué tambien poco lo que se supo de ella.

CAPÍTULO XXVII.

En que se contiene la vida del santo obispo Fr. Juan de Zumárraga, y primeramente de su frailía hasta que fué electo en obispo de México.

FUÉ este varon santo vizcaino, natural de la villa de Durango, adornado de todas virtudes y buenas letras. Tomó el hábito de la religion del padre S. Francisco en el convento de Nuestra Señora de Aranzazu de la provincia de Cantabria (que entonces se contaba de Búrgos), y despues se pasó á la de la Concepcion, por vivir en casas del sayal y recoletas, y fué en ella muchas veces guardian y difinidor, y una provincial, los cuales officios ejercitó con mucha prudencia y cristiandad. Siendo guardian de la religiosa casa del Abrojo, cerca de Valladolid, tuvo allí una Semana Santa el cristianísimo Emperador Carlos V, nuestro rey y señor. Y como por mandado de S. M. se hiciese muy larga limosna al monesterio, de comida y de todo lo demas necesario al sustento de los religiosos, de ninguna cosa de cuantas le dieron se quiso el buen prelado aprovechar para sí ni para sus frailes, mas todo lo mandó repartir entre pobres, y él y sus frailes se pasaron con su acostumbrada pobreza, Vino esto á noticia del Emperador, el cual como viese al siervo de Dios celebrar los officios de aquella semana con singular devocion y gravedad, y contemplase en él toda religion, reposo, santidad y mortificacion en su persona, lo tuvo de allí adelante en mucho precio y estima, y desde á poco tiempo hizo que le fuese encomendado el officio de la santa inquisicion, para que (pues era vizcaino y sabia la lengua de aquella tierra) fuese á castigar y enmendar el abuso de las brujas que en Vizcaya se levantaban. Hizo aquel officio con mucha rectitud y madurez, y por esto y por sus muchos merecimientos lo eligió el Emperador en primero obispo de México. Rehusó esta dignidad todo quanto pudo el humilde y apostólico varon, mas fué compelido por la obediencia de su superior á lo aceptar. Hecho obispo, antes de consagrarse pasó á estas partes de la Nueva España, año de mil y quinientos y veinte y ocho, con título de electo obispo y protector de los indios, y con grandes poderes del invictísimo César para ejercitar esta defension de menores. Venido á la Nueva España, como era el santo obispo tan celoso de la honra de Dios, y viese la tierra muy disoluta en costumbres, sin temor de la

Vida de Fr. Juan de Zumárraga, primero obispo de México.